

Bernardí Roig
Fernando Castro Flórez
Agustín Fernández Mallo

Wittgenstein, arquitecto

(el lugar inhabitable)



Bernardí Roig
Fernando Castro Flórez
Agustín Fernández Mallo

Wittgenstein, arquitecto

(el lugar inhabitable)

Edición de
Bernardí Roig

Galaxia Gutenberg

Este libro no estaría completo sin las cinco películas de las acciones artísticas llevadas a cabo, y que forman parte de la totalidad del proyecto Wittgenstein, arquitecto. Están alojadas en el canal de YouTube de la editorial. Se puede acceder a ellas a través de la web: <http://www.galaxiagutenberg.com/libros/wittgenstein-arquitecto>

También disponible en eBook

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2020

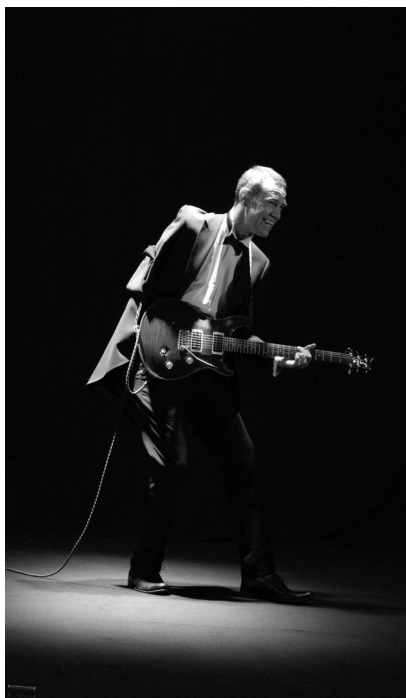
© Bernardí Roig, Fernando Castro Flórez y Agustín Fernández Mallo, 2020
© Javier Suárez, 2020, por las acuarelas, pp. 97, 98, 110 y 111
© Juan Feliu, 2020, por las partituras, pp. 184 y 185
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafi
Depósito legal: B 13052-2020
ISBN: 978-84-18218-47-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Advertencia.....	9
La casa del filósofo	13
Consideración.....	17
Escalada	91
Estornudo	119
Kundmanngasse	127
Fetiches.....	153
Banda sonora	173



Advertencia

En otoño de 1926, enjaulado en una soledad sin precedentes, Ludwig Wittgenstein se sumerge hasta el esternón en la tarea de construir una casa para su hermana en la Kundmannngasse, en Viena. Después de revisar los primeros bocetos firmados por su amigo y colaborador el arquitecto Paul Engelmann, se obsesiona de tal manera con el proyecto que el propio Engelmann, apartado de las decisiones, hace la maleta y emigra a Palestina.

En 1975 Thomas Bernhard publica *Korrektur*, editada en España en 1983 como *Corrección* y traducida por Miguel Sáenz. La segunda edición de esta novela es del año 1986. Yo la leí cuatro años después y fui aplastado por ella. A partir de ese momento entendí lo más básico: tu cabeza es cárcel y carcelero.

Corrección nos cuenta la descomunal tarea de Roithamer –catedrático de Cambridge atrapado en la buhardilla del taxidermista Höller–, quien desea construir una casa ideal en forma de cono en el centro geométrico del bosque de Kobernauss, en la garganta del Aurach. Ese cono, que iba a ser la residencia y felicidad suprema de su hermana, nunca fue habitado. Ella se suicidó en el *momento exacto* en que fue terminado.

Este texto de Bernhard, correlato de la casa que Wittgenstein construyó –en este caso, para la felicidad suprema de su hermana Margarethe Anna Maria Ston-

borough-Wittgenstein–, me llevó, siempre en paralelo, a más lecturas y a una obsesión: visitar la Casa Wittgenstein. Ahí estuve una primera vez, en el invierno del 2007, y una segunda, once años más tarde –en este caso en primavera– durante dos noches consecutivas, en ese núcleo de vacío claustrofóbico filmando al filósofo Fernando Castro vestido con una túnica blanca, con paso ansioso, sin excedente de aliento y un potente foco halógeno situado encima de su cabeza.

Pero en 1918, antes de construir la casa para su hermana, Ludwig Wittgenstein ya tenía terminada otra casa, en este caso una cabaña para pensar, en Skjolden, Noruega, población donde en 1914, y en una huida feroz de sus clases en Cambridge, empezó a escribir sus *Notas sobre Lógica*, base teórica del *Tractatus*.

En 2017 se rodó la escalada de la primera «directísima» a la Cabaña Wittgenstein. Se grabó todo. Agustín Fernández Mallo –el escritor– narró los hechos, recogidos en esta edición; Agustín Fernández Mallo –el escalador–, junto a Rafael Roca y Javier Suárez, abrió la nueva vía. De este material audiovisual surgen dos películas: la de Agustín, en la que éste consigue llegar a la cima y, por tanto, puede contemplar el paisaje, y la mía, un intento fallido de alcanzar las ruinas del cerebro del filósofo vienés, y en la que nadie contempla el paisaje, en todo caso, se fracasa en el paisaje.

Esta publicación recoge y ordena los efectos, que durante estos últimos once años, me produjo esa primera visita a la Casa Wittgenstein; un entramado de expresiones (textos, películas, dibujos, estornudos, fetiches, esculturas...) que pretenden abordar la tensión que hay entre el pensamiento de Wittgenstein y la arquitectura; esto es, entre la cabeza y los lugares que necesita esa cabeza para edificar su pensamiento.

Como no podía ser de otro modo, la banda sonora de toda esta amalgama de intenciones que han ido coagulándose a lo largo de más de una década es el *J. F. Concierto*

para la mano izquierda de Ravel (a Paul Wittgenstein), adaptación –escrita e interpretada por el músico Joan Feliu– a una guitarra eléctrica Paul Red Smith del concierto que Maurice Ravel compuso para Paul Wittgenstein, el único hermano del filósofo que todavía no se había suicidado.

BERNARDÍ ROIG

PRÓLOGO

La casa del filósofo

Es una aspiración de los grandes filósofos ver materializados sus pensamientos. Platón se marchó a Siracusa para montar allí su república. Fracaso y casi pierde la vida. El filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein trató de traducir a edificación su desconfianza en el lenguaje, y construyó una casa que aún se sostiene. Está en el distrito 3 de Viena, ahora encajonada entre inmuebles más modernos. Originariamente dominaba un extenso jardín que la voracidad urbanística ha reducido a jardincillo cercado por una tapia. Pero la casa sigue en pie. Se trata de una construcción de estilo racionalista por fuera, pero las aportaciones del filósofo se encuentran primordialmente dentro, en múltiples detalles: en el volumen de las diferentes piezas; en la distribución de los vanos; en el sistema de calefacción y en el sistema eléctrico; en la proporción de las ventanas (muchas de ellas ventanas-puertas); en los picaportes de las puertas; en las persianas de hierro macizo; en el ascensor que conecta tres plantas y evita el uso de una escalera de concisión trigonométrica; en el diseño de los radiadores; en el trazado y colocación de los enchufes planos. Cada intervención del filósofo buscó deliberadamente el desconcierto del habitante, de manera que la casa se puede percibir de nuevo como un espacio de búsqueda, o como una pregunta. Sus líneas rectas describen ángulos desasosegantes de tan límpidos. Una luminosidad inhóspita se abre ca-

mino a través de la alineación de puertas y ventanas todas transparentes, todas montadas sobre graves marcos y barreros de metal, y llena de frialdad matemática las estancias enormes. Los picaportes desafían al que pretende pasar de una habitación a otra, pues reinan a una altura que empequeñece al hombre y hace difícil la doméstica maniobra. Para subrayar la simetría del todo, unos radiadores con medidas nunca vistas ocupan equitativamente los rincones como si fueran presencias animales. El hermetismo se culmina con unas persianas de hierro que suben y bajan desde el suelo en las aberturas del primer piso. Por tales incomodidades y otras más, el edificio parece lo contrario de un hogar, un recinto para el silencio, un templo protestante, un palacio de Esparta.

No es extraño que la casa acabara interesando a Bernardí Roig, cuyas obras desahogan también mucha reflexión, descargan mucho pensamiento, y están hechas sobre el merodeo de obras de otros, a menudo literarias, a menudo filosóficas también arquitectónicas. Wittgenstein, que construyó la casa para su hermana Margarethe, creó unos espacios que causan perplejidad a quien los visita. Sus dimensiones son inhabituales; las transiciones entre estancias, demasiado rigurosas para un medio familiar, y la inflexible exactitud de las escalas, que remonta al espíritu de la Estoa, está reñida con el confort.

Hace unos años Bernardí Roig comenzó a merodear la casa, que desde 1975 se conserva gracias al Estado búlgaro, que la adquirió cuando amenazaba ruina para instalar allí un centro cultural. Seguramente ya entonces había captado su significado paradójico como versión del pensamiento y la personalidad del filósofo, pues ambas cosas se dan unidas en Wittgenstein. Tal vez se dio cuenta ya entonces de que la obsesión del pensador era la precisión, y que un principio de precisión había dictado su obra y la construcción de esa casa. «Todavía estoy oyendo al cerrajero –escribe su hermana Hermine en unos recuerdos de aquellos años–, preguntarle a Ludwig a propósi-

to del ojo de una cerradura: “Dígame, *Herr Ingenieur*, ¿de verdad es para usted tan importante aquí medio milímetro?”... Sí, Ludwig tenía un sentido tan fino de las proporciones que medio milímetro era a menudo importante.»

La precisión es la necesidad del científico, pero también la del filósofo, puesto que la lógica evita toda indeterminación, y Wittgenstein, con una formación de ingeniero, tenía serias dudas acerca de las posibilidades significativa del lenguaje, o mejor dicho poseía serias certezas sobre sus carencias. Al igual que Hugo von Hofmannsthal y Karl Kraus por la misma época, expresó estas dudas y certezas de la manera más radical. El poeta, el publicista y el filósofo, cada cual a su manera, llegaron a decir que el lenguaje que no hace aparecer el mundo no es lenguaje. Los tres se autoimpusieron el silencio desde posiciones ascéticas, si no espartanas. Su mensaje es que se necesita silencio para abordar la tarea humana de nombrar de nuevo el mundo, un silencio catártico que alumbró el código indefectible para esa imperiosa tarea. En otras artes y actividades del espíritu se impuso el mismo criterio en el primer cuarto del pasado siglo en Centroeuropa. Había que depurar la manera en que se pintaban cuadros (Gustav Klimt) o se diseñaban edificios (Adolf Loos) o se pensaba la música (Arnold Schönberg). Seguramente todo esto lo motivó el avance de la ciencia (Albert Einstein y Max Planck y Sigmund Freud), que evidenció las insuficiencias de un lenguaje que, como mucho, podía representar el mundo, pero no provocar su epifanía.

En la historia de la conciencia humana, semejante episodio fue un seísmo y tuvo su epicentro en la ciudad de Viena. Que Wittgenstein construyera aquí esa casa para su hermana es un hecho anecdótico respecto del crucial papel que su pensamiento desempeñó en el alumbramiento de una nueva moral lingüística que cuestionaba al pobre sujeto humano como alguien extraño a sí mismo, y a su aspiración al conocimiento como un hermoso camino lleno de

trampas. La pervivencia intacta del edificio permite, sin embargo, diversas lecturas sobre el malestar del existir, sobre la obsesión de la inexactitud, sobre la elegancia de su concepto, sobre una cierta misantropía tan austriaca, sobre el triunfo de una estética inquietante, sobre una cierta aristocracia espiritual, todas ellas atributos del autor. Pero por encima de todo declara la belleza de la exactitud ante el insoportable desplazamiento de medio milímetro en el ojo de una cerradura.

CARLOS ORTEGA
Director del Instituto Cervantes de Viena

CONSIDERACIÓN



Michael Drobil, *Retrato de Ludwig
Wittgenstein*, 1919